

## DESCUIDOS MAGISTRALES

Josep Pradas<sup>1</sup>

**Resumen** ¿Cuáles son los límites de la ficción? El autor analiza algunos ejemplos de descuidos en escritos de diferentes estilos y retoma el debate sobre la relación entre ficción y realidad en la novela histórica, pero también centra su atención en algunos textos divulgativos, que no pretenden contar historias sino explicar hechos y sin embargo contienen errores sólo explicables por el desliz o la negligencia.

**Abstract** Where are the borders of fiction? The author analyses some instances of slips in writings of different kinds and retakes the debate between the relationship between fiction and reality in the historical novel. He also focuses on some popularising texts with no aim at telling stories, but rather aiming at explaining facts, which are so plagued with mistakes that it cannot be accounted for by anything but oversight and carelessness.

Después de haber visto la película *Troya* (Brad Pitt) queda uno con la impresión de que el arte de hacer cine cuenta con la mayor licencia para introducir en su narración disparates de todo tipo sin que a nadie le importe demasiado la confusión que puedan generar en un público escasamente preparado para digerir datos históricos. Por eso en el cine de hoy se concentra el grueso de las incongruencias y errores discursivos, pero el cine es ficción en estado puro y se lo puede permitir. Goza de un estatuto similar al de la ficción literaria, e incluso de mayor credibilidad que esta. Dicen que la película *El día de mañana* consiguió crear más conciencia ecologista en Estados Unidos que todas las campañas públicas y privadas juntas, a pesar de mostrar unos hechos que nunca podrían darse en la realidad. Pero la ficción concede a los errores del cine y la literatura una justificación, en ocasiones basada en las necesidades de la trama, que los disculpa.

---

<sup>1</sup> Universidad de Barcelona.

Hay otros géneros artísticos donde los errores ya no pueden perdonarse tan ligeramente, porque sus creaciones pretenden mantener una cierta relación con la realidad, y sus autores gozan de una respetabilidad y un crédito que comporta ciertas exigencias de fiabilidad en sus productos. La literatura científica y de investigación, por ejemplo, aunque se dirija a la divulgación popular, ha de atenerse a ciertas reglas, a un compromiso con la veracidad que a menudo no se guarda por puro descuido. Seguramente la mayor parte de los errores que encontremos en este tipo de escritura se deben a deslices involuntarios, y sólo en ocasiones a inconsciente negligencia profesional o a intencionada manipulación de la información. Y la gravedad de los mismos radica más en la credibilidad que tienen los autores ante el público que en la intensidad del equívoco.

### **Ciudades sin río**

Un buen ejemplo de desliz inocente es el de las ciudades sin río que menciona Arthur Koestler. Ni sus amigos, ni sus editores, ni su traductor al castellano, ni los editores de su traductor al castellano advirtieron esto que sigue:

“Habiéndome criado a orillas del Danubio, siempre me parecieron tristes las ciudades que carecían de río y, por ende, también de puentes. Una ciudad sin puentes es como una mujer sin adornos; y los ciudadanos de las ciudades sin río \_los de Moscú o de Berlín, por ejemplo\_ parecen siempre más ásperos y duros que los de las ciudades típicas de río, como París y Viena” (Arthur Koestler, *Euforia y utopía*, Madrid, Alianza, 1974, cap. 7, pág. 108; versión castellana de *The Invisible Writing*, 1954).

Si tomamos un plano de Berlín veremos que, efectivamente, la ciudad no es atravesada por un río amplio y hermoso como el Sena parisino, pero tampoco Viena. Berlín está bordeado por un par de ríos, como Barcelona, amén de algún que otro lago, como el tristemente famoso Wannsee. Sin embargo, afirmar que Moscú es una ciudad sin río sólo puede deberse a un tremendo desliz en alguien que ha conocido esta ciudad de primera mano. El Kremlin está a orillas del Moskva, que da nombre a la capital rusa, y, por su puesto, hay puentes en la ciudad, lo que no evita que sus habitantes puedan ser ásperos y duros (quién no lo es a veinte grados bajo cero).

Al adentrarnos en terrenos más académicos la cuestión se torna pantanosa, pues uno puede verse hundido en la ciénaga del ridículo por culpa de no haber sido precavido en

sus investigaciones. A Koestler se le perdona el descuido por el prestigio que ha conseguido, pero si eso le ocurre a un novel la consecuencia puede ser muy otra. Umberto Eco ilustra muy bien esta circunstancia en un interesante manual de investigación:

“Por ejemplo, y ya que se ha dado un ejemplo sobre el pensamiento estético de Santo Tomás, diré que algunos textos contemporáneos que discuten este problema parten del presupuesto de que Santo Tomás dijo que *‘pulchrum est id quod visum placet’*. Yo, que hice mi tesis sobre este tema, fui a buscar en los textos originales y me di cuenta de que Santo Tomás no lo había dicho nunca. Había dicho *‘pulchra dicuntur quae visa placent’*, y no es cosa de explicar ahora por qué las dos formulaciones pueden llevar a conclusiones interpretativas muy diferentes. ¿Qué había sucedido? Que la primera fórmula había sido propuesta hace muchos años por el filósofo Maritain, que creía con ello resumir fielmente el pensamiento de Santo Tomás, y a partir de entonces otros intérpretes se habían referido a dicha fórmula (sacada de una fuente de segunda mano) sin preocuparse por recurrir a las fuentes de primera mano” (Umberto Eco, *Cómo se hace una tesis*, 1977, Barcelona, Gedisa, 1983, cap. 3, pág. 78).

Este es el sabio consejo que los estudiantes, especialmente los que intentan hacer su tesis doctoral, pero también los investigadores de cualquier rama, especialmente de carácter libresco, deberían seguir sin vacilaciones: las fuentes de primera mano son las únicas absolutamente infalibles. Como Eco demuestra, es más prudente no fiarse demasiado de los manuales. Todos podemos equivocarnos. En general confiamos en lo que nos dicen los libros, no tenemos más remedio. Es lo que Bertrand Russell llamaba *conocimiento por referencia*. Por ejemplo, todos aceptamos que Napoleón murió en Santa Helena, en 1821. No podemos comprobarlo por nosotros mismos, así que hemos de confiar en lo que dicen otros que lo vieron y dieron noticia del suceso a otros que lo escribieron y transmitieron esa información por el espacio y a través del tiempo. En esta inevitable tesitura, desconfiaremos de los que nos han dado pistas equivocadas y descubrimos que nos han engañado, voluntariamente o no. Esto ocurre incluso en la vida cotidiana.

## **La búsqueda del Sileno**

Un estudioso del mundo clásico y la mitología griega, interesado especialmente por la figura del sátiro Sileno, había encontrado, leyendo a Nietzsche, esta inquietante historia: el rey Midas intentaba cazar en el bosque al sabio Sileno que, por estar constantemente ebrio, siempre decía la verdad. Cuando lo consiguió, el rey le pidió que le dijese qué era lo mejor y más preferible para el hombre, a lo que Sileno respondió: “Estirpe miserable de un día, hijos del azar y de la fatiga, ¿por qué me fuerzas a decirte lo que sería muy ventajoso no oír? Lo mejor de todo es totalmente inalcanzable para ti: no haber nacido, no ser, ser nada. Y lo mejor en segundo lugar es para ti \_morir pronto” (Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, 1871, Madrid, Alianza, 1984, cap. 3, pág. 52).

Como su interés por Sileno superaba lo que Nietzsche ofrecía en aquel fragmento, no tuvo más remedio que investigar las fuentes del mismo para conseguir más información. Andrés Sánchez Pascual, traductor y anotador de la obra de Nietzsche publicada por Alianza, remite en nota a pie a la *Biblioteca mitológica* de Apolodoro (Madrid, Alianza, 1993, capítulo II, apdo. 6.3). Sin embargo, en tal lugar no aparece la más mínima mención a la leyenda referida por Nietzsche, sino que se habla de Sileo de Aulide, asesinado por Heracles. Más aún, un repaso a la *Biblioteca* de Apolodoro permite comprobar que hace diversas referencias a Sileno, pero ninguna a su encuentro con el rey Midas. Siguiendo el consejo de Eco, después de leer de cabo a rabo todo el texto de Apolodoro, se puede decir con total convicción que por allí no aparece la anterior leyenda de Sileno y el rey Midas. Conclusión: la referencia que Sánchez Pascual da no es correcta y estamos ante un descuido académico. ¿De quién? ¿Del anotador, o del propio Nietzsche?

Si echamos un vistazo a una edición de las obras completas de Nietzsche (por ejemplo, Aguilar, Madrid, 1932, tomo I, pág. 47), no hay en el texto ninguna referencia a la leyenda, ni del traductor ni del mismo Nietzsche. En la edición francesa, *Oeuvres Philosophiques Complètes* (Paris, Gallimard, 1977, pág. 47), tampoco. Finalmente, en la edición alemana de las obras de Nietzsche (*Werke*, Berlin, Walter de Gruyter, 1972, editadas por Colli y Montinari, vol. III, pág. 31, líneas 19-24) no hay ninguna referencia, que en esta ocasión sería directa de la pluma de Nietzsche.

El estudioso de la mitología griega no pudo averiguar de dónde salió la maldita leyenda del rey Midas y el Sileno borrachín, pero le quedó la sospecha de que alguien se inventó la referencia, alguien la recogió sin precauciones, y sobre todo que Nietzsche se la pudo haber sacado de la manga, o lo que es peor, de fuentes no clásicas, pues es

posible que se inspirase nada menos que en Erasmo, un autor cristiano, y su *Adagio* titulado “Lo mejor es no nacer” (ver sus *Obras escogidas*, Madrid, Aguilar, 1964, págs. 1087 y ss.). Finalmente, desde un foro de internautas le llegó la pista de que la sentencia silénica podría encontrarse en un texto de Sófocles, de modo que por el momento anda rastreando esa información allá donde le llevaron los rumores, buscando el dato de primera mano.

### **Lección de anatomía**

Por muy aparatosa que pueda parecer la aclaración que ha necesitado este desliz académico sobre el Sileno, el asunto en el fondo carece de importancia, pues estos errores que se cruzan en los textos de los profesores y estudiosos no traspasan la frontera del mundo académico. Por el motivo contrario, porque sí llegan al público, son mucho más preocupantes desde el punto de vista de la correcta divulgación de los conocimientos aquellas incursiones de los académicos en la literatura e incluso en el cine. Umberto Eco lo hizo magistralmente, pero no todos han tenido la misma pericia.

Un ejemplo de este tipo de negligencia literaria lo encontramos en la trilogía del italiano Valerio Massimo Manfredi titulada *Alexandros* (1998), publicada en castellano por Grijalbo un año después. La obra recorre la vida de Alejandro el Grande, y en el primer volumen, subtítulo *El hijo del sueño*, podemos leer el siguiente fragmento que reproduce una lección de anatomía que Aristóteles, preceptor del joven Alejandro, da a su discípulo (cap. 14, págs. 92-93):

“Los órganos de un cerdo o de un jabalí, que viene a ser lo mismo, se asemejan muchísimo a los de un ser humano. Mira, éstos son los pulmones, o sea, los fuelles que posibilitan la respiración [...]. Esto, en cambio, es el corazón: una bomba como la de vaciar el fondo de las naves, pero infinitamente más complicada y eficaz. Según los antiguos, es la sede de los sentimientos y del intelecto porque su movimiento se acelera si un hombre es dominado por la ira o el amor, o simplemente por la lujuria. En realidad, el movimiento del corazón se acelera también si uno sube unas escaleras, y esto demuestra que es el centro de todas las funciones de la vida del hombre [...]. Una hipótesis plausible es que cuando aumenta la intensidad del vivir es necesario que la sangre circula más deprisa. Y existen dos sistemas de circulación: el que tiene su origen en el corazón y el que torna al corazón, completamente separados, como puedes ver.”

Manfredi es un estudioso de la Antigüedad y autor de varias novelas históricas, como *El faraón del desierto* (1997), *Akrópolis* (2001), o *La última legión* (2002), en la que relaciona la espada de Julio Cesar (Ensis Caliburnus) con la de Arturo (Excálibur). Parece que a Manfredi le gusta tensar la relación entre ficción y pasado histórico, y eso mismo ocurre en el caso de la lección de anatomía que Aristóteles da a su principesco discípulo. Es bien sabido Aristóteles se interesó por la fisiología animal, de hecho se le puede considerar el fundador de muchas ramas de la biología y otras ciencias naturales. Pero los primeros pasos dados por Aristóteles en todos estos campos del saber, aunque en muchos aspectos iban bien encaminados, no siempre desembocaron en una explicación que hoy consideraríamos científicamente correcta. Su mérito consiste más bien en haber iniciado la observación empírica y haber buscado explicaciones plausibles y razonables a los fenómenos con unos medios técnicos escasos.

Así, es cierto, como describe Manfredi, que Aristóteles practicó disecciones en cadáveres de animales y humanos, que analizó embriones de todo tipo de seres vivos, que estudió la fisiología vegetal y animal y incluso realizó anatomía comparada y descubrió analogías entre especies que ya insinuaban un origen común. Describió el sistema digestivo animal como un todo, y estableció la distinción entre tejido y órgano que aún hoy es vigente. Pero su interpretación de la función del corazón y del sistema circulatorio no es la que Manfredi apunta. Para Aristóteles, el corazón no es una bomba que impulsa la sangre por las venas, sino un horno donde la sangre se calienta, y los latidos son el reflejo de su ebullición; el cerebro, además, no es el centro del pensamiento, sino un sistema de refrigeración de la sangre, para compensar el exceso de calor que le proporciona el corazón.

Esta información no está escondida en ninguna biblioteca medieval, basta con leer el libro II de *Las partes de los animales*, de Aristóteles, o algún manual fiable (sin olvidar el consejo de Eco de atender las fuentes de primera mano con prioridad; la confianza que nos pueda merecer un manual o un autor ha de estar basada en la experiencia, nunca debe ser una confianza ciega). Es negligente no haber considerado que, en realidad, las ideas correctas sobre la circulación sanguínea fueron desarrolladas nada menos que en el siglo XVII, y que el carácter doble y separado de la circulación sanguínea fue descubierto por el inglés William Harvey (1578-1657). Pero el mayor error de Manfredi no consiste en haber puesto en boca de Aristóteles ideas que él no tuvo, sino en haber divulgado una información engañosa con apariencia de ser fiable.

### **Un desliz de cinco siglos**

Todavía puede agravarse un poco más el pronóstico, porque, al fin y al cabo, la negligencia de Manfredi aparenta ser involuntaria, un desliz literario causado por una despreocupada documentación destinada a una novela que no pasará a los anales de la literatura universal. En el caso siguiente hay una clara intencionalidad que en términos jurídicos podría plantearse como una evidente conducta dolosa. Christian Jacq es famoso por sus ensayos y sus novelas sobre el Egipto de los faraones, cualquier biblioteca de importancia media alberga media docena de sus obras, y ha vendido sus libros en los cinco continentes. Sobre Ramses II ha escrito cinco novelas biográficas, y en la primera de ellas, titulada *Ramses. El hijo de la luz* (1995, editada por Planeta en 1996), hace coincidir al joven Ramses, todavía regente en ausencia de su padre, el faraón Seti I, con la llegada a Menfis de la flota de Menelao, que regresa a Grecia después de destruir Troya y recuperar a Helena (véase cap. 43 en adelante).

Esta coincidencia no es del todo inverosímil, pues no se sabe nada concreto ni de aquellos primeros griegos ni del Egipto faraónico. Tradicionalmente, la Guerra de Troya está fechada a principios del siglo XII a. C., y el reinado de Ramses II tuvo lugar entre 1279 y 1213 o 1212, es decir, aproximadamente cien años antes. Pero en realidad, la pugna entre griegos y troyanos por el control del estrecho del Bósforo (auténtica razón de las sucesivas destrucciones de Troya que se manifiestan en los yacimientos) venía ocurriendo desde el siglo XV a. C., por lo que, siendo la Guerra de Troya una leyenda, al menos no hay un excesivo desajuste cronológico. El dolo aparece cuando en la flota griega viaja Homero, contratado por Menelao para que versifique sus hazañas en Troya. De Homero tampoco se sabe demasiado, pero se supone que vivió entre el 800 y el 700 a. C., es decir, casi quinientos años después del reinado de Ramses II. Eso sí que es violentar la cronología.

Al situar a Homero en la corte de Ramses II, Christian Jacq siembra la confusión en el sector más vulnerable, entre el público que vive fuera de la academia. Topamos aquí con los límites que debe contemplar el escritor de novela histórica: Jacq se dispone a contar al público lo que no se atrevería a exponer ante sus colegas egiptólogos. Jacq se presenta en la solapa de sus libros como egiptólogo doctorado en la Sorbona, con un impresionante *currículum*, y hasta un premio de la Académie Française. Eso influye sobre el lector medio, que apenas sabe de detalles históricos y en general no va a

intrigarse demasiado si algunas fechas no le encajan. Si un egiptólogo famoso dice que Ramses II paseaba por los jardines de Menfis junto a Homero, será verdad. El resultado es que la ficción acaba velando las pequeñas certezas que tanto ha costado establecer en una disciplina tan compleja como la Arqueología.

La ficción literaria ha de prevalecer en el tratamiento de la novela histórica, pero sin atreverse a saltar ciertos límites. Sólo la serie B, que en el cine equivale a cualquier producción comercial con falsas pretensiones de calidad, tiene licencia para saltarse las normas, a cambio de confesar que no pretende llegar muy lejos en el ámbito de la calidad (aunque en ocasiones lo consiga).